

Clericalismo y anticlericalismo en Andalucía

COORDINADO POR JUAN MANUEL BARRIOS ROZÚA

UNIVERSIDAD DE GRANADA

Los fenómenos del clericalismo y el anticlericalismo no contaron con el favor de los historiadores hasta tiempos recientes. La dictadura del general Franco no fue propicia para investigar en este campo y cuando llegó la democracia otros temas llamaron más la atención de los investigadores. Durante mucho tiempo la única obra monográfica disponible fue la escrita por un antropólogo, Julio Caro Baroja. Por otra parte, había numerosos clérigos que elaboraron una "literatura martirial" centrada en la denuncia de las violencias que había sufrido la Iglesia, pero era endogámica y nunca tuvo interés por ahondar en las motivaciones del anticlericalismo. Para estos autores la "persecución religiosa" era producto las más de las veces de conspiraciones liberales, judeo-masónicas y marxistas; basta con ojear la obra más destacada de este género, *Historia de la persecución religiosa en España*, publicada en 1961 por Antonio Montero More-

no. Afortunadamente, en los últimos lustros numerosos historiadores se han aproximado con sólidas investigaciones al estudio del anticlericalismo, las destrucciones iconoclastas, las derechas católicas o la implicación en política de la Iglesia. Algunos de esos investigadores colaboran en este dossier, cuyo arco cronológico arranca de la crisis del Antiguo Régimen y llega hasta la dictadura de Franco. Los enfoques de los diversos trabajos son muy distintos, lo que nos muestra cuán vivo está hoy el debate sobre estas cuestiones.

Aunque el anticlericalismo tuvo rasgos específicos en cada periodo histórico, Andalucía siempre estuvo en la vanguardia del fenómeno. No en vano, y en contraste con las regiones del norte, era uno de los territorios de menor práctica religiosa, más allá de la espectacularidad con la cual sus habitantes celebraban las festividades religiosas. De Andalucía era José Blanco White, en Cádiz se forjó la primera Constitución con sus medidas para separar la Iglesia y el Estado, todas sus capitales provinciales fueron pioneras en la proclamación de juntas liberales, y en sus campos y barrios obreros arraigaron desde muy tem-

prano y con singular fuerza el anarcosindicalismo y el socialismo.

Frente a quienes la cuestionaban, la Iglesia respondió con un enroque; si durante la Guerra de la Independencia sufrió serias fisuras en su seno, tras ella depuró a buena parte de los que se habían destapado como afrancesados y liberales.

El proceso de cohesión se aceleró tras la revolución liberal y puede decirse que desde los tiempos de Isabel II mostró una extraordinaria unidad y firmeza doctrinal frente a los cambios que experimentaba la sociedad y a la renqueante modernización del país.

A diferencia de la aristocracia, que tras la revolución liberal se fue aburguesando y disolviendo en la sociedad, el clero mantuvo una fuerte conciencia de casta que no se debía sólo a la endogámica educación de los seminarios y a la introversión de los claustros, sino también a una consciente resistencia a la modernidad.

Para el clero la modernidad liberal sólo había traído desamortizaciones y secularización, y con toda lógica añoraba el Antiguo Régimen, del que tenía una visión idealizada y al cual creía posible retornar. De esta manera el clero encarnó el más rancio tradi-

cionalismo a los ojos de ciertos sectores de la sociedad y se prestó ante ellos a la fácil caricatura.

A diferencia de países como Estados Unidos, donde el catolicismo debía competir con otras religiones y actualizar sus discursos y prácticas evangélicas, la Iglesia española era católica y de que el Estado tenía la obligación de reprimir la herejía y favorecer a los sacerdotes de la fe patria. Cuando el Estado faltaba a esas obligaciones, como ocurrió en varias ocasiones entre 1898 y 1936, perdía su legitimidad.

Ante la creciente secularización de la sociedad y las políticas laicizadoras de algunos gobiernos los prelados y seglares católicos promovieron organizaciones (sindicatos, partidos, medios de comunicación...) que desbordaron el ámbito de la labor evangelizadora para entrar en la arena política; sus objetivos iban más allá de la defensa de los intereses eclesíásticos, pues aspiraban a establecer mecanismos para tutelar al conjunto de la sociedad. El enfrentamiento con los que lejos de aceptar esa tutela querían la completa separación de la Iglesia y el Estado se tornó cada vez más agudo. ■



Aguafuerte Aquellos polvos. Nº 23 de la serie de 80 estampas de Los Caprichos de Francisco de Goya, publicada en 1799.

Iconoclastas frente a cruzados

Del laicismo republicano a la recristianización franquista

JUAN MANUEL BARRIOS ROZÚA
UNIVERSIDAD DE GRANADA

TÍTULO DOSIER

Los quince meses que van del exilio de Primo de Rivera a las elecciones que trajeron la República fueron de extraordinaria conflictividad: oleadas de huelgas, rebelión de Jaca, movilizaciones estudiantiles... En aquellos años, Andalucía era uno de los territorios de España donde el anticlericalismo tenía más arraigo y la indiferencia religiosa estaba más difundida. Son innumerables las pruebas que tenemos de ello: el acentuado declive de las vocaciones sacerdotales, que obligaba a “importar” clérigos de las regiones del norte donde su número era mucho más elevado, el fracaso del sindicalismo católico, la baja asistencia a misa, etc.

La campaña previa a las elecciones municipales de abril de 1931 fue vivida con pasión por la Iglesia y los movimientos católicos seculares. Su prensa no se cansó de pronunciarse a favor de las formaciones derechistas y de anunciar catástrofes si ganaban los republicanos. Así, la victoria de las candidaturas republicanas en las ciudades y la caída de la monarquía en medio de una impresionante movilización de masas, dejó a la Iglesia y sus organizaciones seculares en una delicada posición. Toda la virulencia desplegada en la más apasionada campaña electoral vivida hasta entonces fue la que como un boomerang se volvió contra la Iglesia cuatro semanas después en la llamada “quemada de conventos”.

El 10 de mayo, pocos días después de unas imprudentes palabras del cardenal Segura contra el nuevo régimen y tras unas provocaciones monárquicas, se iniciaron en Madrid unos disturbios que al día si-

Cuando la dictadura de Miguel Primo de Rivera entró en crisis a principios de 1930 la “cuestión religiosa”, que tanto había polarizado a la sociedad durante las dos primeras décadas del siglo, no sólo no estaba solucionada, sino agravada por el favoritismo del dictador hacia el clero.

En aquella época, Andalucía era uno de los territorios de España donde existía un mayor desapego hacia la Iglesia, tendencia que se acrecentó durante los años de la Segunda República, teñidos por estallidos iconoclastas en diversas ciudades andaluzas. La intransigencia del clero, muy cohesionado, que calificaba cualquier tipo de reforma del gobierno de la República en términos apocalípticos, corrió pareja con la férrea actitud de la derecha católica española, cerrada a cal y canto a la negociación sindical.

Si algo queda claro, pese a todas las voces que hablaron sin pruebas de una conspiración, es que los disturbios tuvieron un carácter espontáneo, extendiéndose de Madrid a las capitales de provincias y de éstas a poblaciones menores. En la mayoría de los lugares fueron actos de masas de composición política diversa, siempre desde luego izquierdista y popular. Madrid, Andalucía y Levante registraron los incidentes más graves, mientras que Barcelona permaneció tranquila, a pesar de su activo movimiento obrero y del precedente iconoclasta que fue la Semana Trágica de 1909.

Estas movilizaciones de masas pillaron por sorpresa a todas las formaciones políticas y mostraron la impaciencia de las bases republicanas ante lo que consideraban lentitud en las reformas y exceso de tolerancia con las fuerzas de la dictadura y el caciquismo. Por otra parte, la toma de la calle por

guiente se transformaron en actos iconoclastas, mientras que en numerosas provincias eran convocadas manifestaciones antimonárquicas. En Andalucía, esas manifestaciones derivaron en ataques contra edificios religiosos y sedes derechistas en muchos lugares. Los hechos más graves se produjeron en Málaga, donde los incidentes provocados por nutridos grupos en distintos puntos de la ciudad se prolongaron durante dos días, arrojando un saldo de 41 edificios quemados. En Sevilla, Cádiz, Granada y otras ciudades y pueblos hubo también ataques anticlericales durante esos días, pero con escasos daños. En Jerez de la Frontera los disturbios empezaron más tarde y los iconoclastas fueron menos numerosos pero más destructivos.



Restos carbonizados de la imagen de San Francisco, de la capilla de San José, exhibidos por un grupo de jóvenes en el puente de Triana (Sevilla).

masas anticlericales hizo que muchos lugares los actos religiosos al aire libre (procesiones, viáticos...) desaparecieran o se refugiaron en los templos hasta el bienio radical-cedista.

DIVORCIOS Y BODAS CIVILES. Las elecciones del 28 de junio dieron lugar a un parlamento dominado por los socialistas y diversas formaciones republicanas, que abordaría la redacción de una Constitución laica y diversas medidas para separar la Iglesia y el Estado (libertad religiosa, matrimonio civil, divorcio, secularización de los cementerios...). Las propuestas para suprimir todas las órdenes religiosas, como se había hecho un siglo antes durante la revolución liberal, fueron desestimadas y finalmente se prohibió sólo la Compañía de Jesús, que para ellos era la encarnación más señalada del poder económico eclesial y la intransigencia religiosa. Los debates y medidas se desarrollaron en un clima de polarización social; las organizaciones obreras no acababan de estar satisfechas con estas medidas y en las huelgas y movilizaciones que sacudieron el campo y las ciudades andaluzas era fácil ver expresiones iconóforas.

Por otra parte, las derechas y sus poderosos medios de comunicación hicieron causa común con el clero. La Iglesia hablaba de las

Tras las elecciones de 1931, los hechos más graves se produjeron en Málaga, donde los incidentes provocados por nutridos grupos se prolongaron durante dos días, con un saldo de 41 edificios quemados

reformas en términos apocalípticos, y el papa Pío XI comparaba la situación del clero y de los creyentes en España con la que por esas fechas se vivía en México y Rusia. Comparación disparatada, pues cualquier observador ecuánime sabía que la legislación laica española era más moderada que la aprobada en Francia a principios de siglo. Tras los cambios legislativos todo español que lo deseara podía continuar sus tradiciones, o sea, bautizarse, casarse y enterrarse como católico, todas las iglesias estaban abiertas, no había un solo sacerdote encarcelado y las órdenes religiosas, a excepción de una, seguían operativas. Eso sí, en un plazo breve los católicos practicantes deberían de sostener a su clero, que perdería las asignaciones del Estado. La campaña que lanzó la Iglesia para implicar económicamente a los feligreses en su sostén fue un fracaso, pues las “gentes de orden” se mostraron más generosas financiando a los partidos derechistas que al clero.

El problema clerical era uno, y no el más importante, de los que debía enfrentar el nuevo régimen. La crisis económica con su secuela de paro y la desigualdad social tras décadas de caciquismo estaban en el centro

del huracán político. La iglesia siempre había estado posicionada contra los sindicatos, había llamado a los traba-

adores asalariados a la resignación y había cortejado a la oligarquía. Esta actitud iba a acentuarse más si cabe, e implicándose activamente en la creación del partido católico y accidentalista Acción Nacional, pronto rebautizado como Acción Popular, se situó como parte contendiente en todos los conflictos que vivía el país.

Por su parte, la Iglesia demostró una sólida cohesión durante todo el periodo. Los rarísimos clérigos que manifestaron posturas republicanas fueron aislados o expulsados. Así, las dos posiciones que podemos encontrar en la Iglesia difieren en la estrategia, pero no tanto en las aspiraciones; estas tendencias coinciden además con las de las derechas. Por un lado, tendríamos los accidentalistas, que apuestan por la labor de zapa de José María Gil Robles, líder de Acción Popular. Y por otro, los catastrofistas, alineados con aquellas tendencias monárquicas, carlistas o fascistas que hablan de derrocar violentamente la República. La primera posición será la que se imponga —sobre todo tras el fracaso en agosto de 1932 del golpe de Estado del general Sanjurjo— en la esperanza de que sea posible desmontar las reformas modernizadoras y sociales desde den-



1933. © ICAS- SAHP. Fototeca Municipal de Sevilla. Archivo Serrano. Pintadas de protesta social contra los fascistas y la Semana Santa y a favor del gobierno obrero.

tro de la propia República.

Las derechas católicas españolas, a diferencia de otras derechas europeas, estaban cerradas a la negociación y no se mostraban dispuestas a ceder a ninguna de las demandas socioeconómicas planteadas por el movimiento sindical, ni aceptaban medidas laicistas porque todas las estimaban ilegítimas para un país católico. En todas ellas hay hostilidad a la modernidad, distintos grados de nostalgia hacia un Antiguo Régimen idealizado y una creciente admiración por la capacidad del fascismo italiano y más adelante del alemán para aplastar al movimiento obrero y construir naciones fuertes.

Las profundas divisiones en la izquierda iban a ser el otro gran problema político de la República. Los socialistas confiaban en las mejoras graduales introducidas por un gobierno en coalición con los republicanos de Azaña, a la par que favorecían a su sindicato, la UGT, frente a los anarcosindicalistas. Para la CNT los cambios eran lentos e insuficientes, y desconfiaba de lo que llamaba "república burguesa". Sus duras campañas de huelgas, que en ocasiones lograron éxitos notables, hicieron temer a los socialistas que la CNT le arrebatara sus bases sociales.

Pero en el complejo mundo del anar-

El desapego

■ Del desapego de los andaluces hacia la Iglesia hay cifras muy expresivas; según el cura de Pinos Puente, en esta localidad residían unas 10.000 personas de las cuales sólo 20 hombres y 200 mujeres iban a la misa dominical antes de la República. Meses después de la proclamación de ésta, las cifras habían descendido a 10 y 40, respectivamente, con el agravante de que sólo una pequeña minoría de éstos comulgaba los domingos. El párroco reconocía que la mayoría del pueblo era muy poco religiosa desde antiguo y que estaba fuertemente penetrada por las doctrinas izquierdistas. Este hecho lo explicaba el sacerdote por "la conducta totalmente irreligiosa de muchos ricos, y tal vez más aún la de aquellos patronos que llamándose católicos no procuraron el bien espiritual y material de sus obreros, desprestigiando así y haciendo odiosa ante el pueblo la religión que decían profesar".

cosindicalismo había un sector muy radical aglutinado en la FAI y en las Juventudes Libertarias que, guiado por análisis poco realistas sobre la coyuntura, consideraba posible desencadenar una revolución social. Sus actos de sabotaje y piquetes violentos fueron muy activos en Andalucía, donde tenían fuerte implantación en la mayoría de las ciudades y buena parte del campo. Llegaron a lanzar incluso tres insurrecciones que fueron completos fracasos por su incapacidad para convertirse en levantamientos de masas, pero que condujeron a sucesos tan dramáticos como el de Casas Viejas. La estrategia de los anarquistas más radicales los convirtió en referencia de los más descontentos con la lentitud de las reformas, pero a la postre fueron contraproducentes al desgastar al gobierno republicano-socialista frente a las derechas.

Las acciones de la FAI tuvieron como objetivos habituales las iglesias, conventos o cruces, siendo numerosos los ataques en provincias como Sevilla o Granada. Pero estos incidentes iconoclastas no pueden ser atribuidos sólo a anarquistas radicales, ya que en muchos barrios y pueblos donde los socialistas eran mayoritarios, o incluso la única fuerza obrera presente, también hubo conflictos con derivaciones anticlerica-



Incendio de la sevillana iglesia de San Julián, en abril 1932.

les. Los actos de violencia iconoclasta provocaron la lógica indignación entre los sectores conservadores y reforzaron los argumentos de los catastrofistas.

"BAUTIZANDO" LA REPÚBLICA. La división de las izquierdas, en contraste con la aglutinación de las derechas, abrió en las puertas a un gobierno de los republicanos conservadores de Lerroux apoyado por la coalición católica CEDA. Aunque Lerroux había sido un iracundo anticlerical en el pasado y parte de las bases sociales del Partido Radical continuaban siéndolo, su giro hacia posiciones derechistas y su alianza con los católicos le llevaron a practicar una política de bloqueo o desmantelamiento de la legislación laica. Como señaló un clérigo, la estrategia de Gil Robles era "bautizar" la República.

También hubo marcha atrás o bloqueo de las conquistas sociales y, sobre todo, una fuerte represión contra la izquierda obrera, con encarcelamientos, cierres y saqueo de sedes sindicales, sustitución de muchos ayuntamientos por gestoras, etc. Con el retorno de las derechas al poder parecía no sólo retroceder a los tiempos de la Restaura-

La campaña que lanzó la Iglesia para implicar a los feligreses en su sostén fue un fracaso, pues las "gentes de orden" se mostraron más generosas financiando a los partidos derechistas que al clero

ción, sino que la retórica de la CEDA y de su caudillo, José María Gil Robles, se parecían demasiado a la del austriaco Dollfuss que, tras evolucionar del catolicismo conservador al fascismo, aplastó con un autogolpe de Estado a los socialdemócratas que gobernaban el Ayuntamiento de Viena. Por otra parte, las Juventudes de Acción Popular, con la aquiescencia de sus mayores, comenzaron a transformarse en una organización de masas con una parafernalia muy parecida a la de las juventudes hitlerianas, pero con constantes referencias a la religión y a Dios.

La larga huelga general iniciada el 5 de octubre de 1934, y que dio lugar en Asturias a un levantamiento revolucionario, fracasó en Andalucía, que observó impotente como en el norte eran aplastados los mineros con métodos de guerra colonial. La represión se agravó de manera extrema en toda España, de tal manera que la República modernizadora y social parecía ya algo del pasado. El nuevo ministro de defensa, Gil Robles, pondría a Francisco Franco al frente del ejército,

renacer de las procesiones, al tiempo que la enseñanza laica se paralizaba mientras reverdecía la confesional. Sin embargo, las izquierdas fueron capaces de ir recomponiéndose durante 1935 mientras que la represión las unía en los objetivos comunes de la amnistía y el cambio de gobierno. En paralelo, el Partido Republicano Radical entró en un proceso de descomposición debido en parte a las contradicciones que conllevaba tener orígenes anticlericales y pactar con las derechas católicas. En este ambiente de gran polarización social se convocaron elecciones.

LA VICTORIA DEL FRENTE POPULAR. La victoria por mayoría absoluta que Gil Robles venía anunciando no se produjo y las izquierdas coaligadas en el Frente Popular obtuvieron un ajustado triunfo. De él salió un gobierno republicano débil en el que no se implicaron los socialistas. Mientras el gobierno de Azaña reactivaba la aplicación de la legislación laica sin premura, las masas izquierdistas tomaron la calle de nuevo,



7 de mayo de 1936. © ICAS-NAHP. Fototeca Municipal de Sevilla. Archivo Serrano.

Queipo de Llano en la salida extraordinaria del Gran Poder en acción de gracias por la victoria.

aunque en ella chocaron no sólo con las fuerzas policiales, sino también con los pistoleros falangistas. La gran mayoría de los incidentes violentos se saldaron con izquierdistas muertos, lo que enardecía aún más los ánimos. La primavera tomó un sesgo iconoclasta que no dejaba lugar a dudas sobre las consecuencias que podía tener la desintegración del Estado. En muchos pueblos andaluces piquetes de obreros cerraron los templos y expulsaron a los párrocos; aunque nunca se llegó a la agresión física, los sacerdotes comprendían que las amenazas no eran una broma.

Los incidentes anticlericales más graves se produjeron en la primera quincena de marzo, cuando varias ciudades españolas vivieron nuevas “quemadas de conventos”, destacando las de Cádiz y Granada. En abril hubo otras “quemadas de conventos” en Jerez de la Frontera, iniciada también por la provocación de pistoleros falangistas, Lebrija, Grazalema y Ronda. Los sucesos iconoclastas, las ocupaciones de fincas y las huelgas hicieron verosímiles a los ojos de las gentes de derechas los anuncios alarmistas sobre una inminente “revolución marxista”. En las derechas católicas la opción accidentalista estaba cada vez más desacreditada.

En este clima, era evidente que la rebelión no podía triunfar simultáneamente en todas partes y que allá donde fracasara y tardara en imponerse la icono-

clastia sería devastadora. La Iglesia debería haber llamado a la prudencia dada su vulnerabilidad; sin embargo, nada hizo por evitar esta vía. Cuando varios días antes de la sublevación el general Queipo de Llano visitó al arzobispo de Sevilla monseñor Ilundain para avisarle del inminente golpe, el prelado no trató de disuadirlo ni dio aviso a las autoridades.

ENARDECIMIENTO. Los que promovieron la sublevación militar-fascista alegando el caos, al cual contribuían con sus grupos de pistoleros, convirtieron una situación difícil en una catástrofe incommensurable. Los incidentes violentos, incluidos los iconoclastas, estaban ya en clara disminución desde hacía varias semanas, aunque los asesinatos del teniente Castillo y del monárquico Calvo Sotelo parecían desmentirlo. El golpe militar-fascista era una aventura incierta en la que sólo estaba asegurada la sublevación de algunas guarniciones; lo que implicaba dejar a la Iglesia, allá donde fracasara el golpe, a merced de aquel sector de la población que la odiaba. No eran pocos los clérigos y seglares mentalizados para el incierto horizonte que se abría, pero pocos intuyeron que se iba a desencadenar

Días antes de la sublevación el general Queipo de Llano visitó al arzobispo de Sevilla, monseñor Ilundain, para avisarle del inminente golpe. El prelado no trató de disuadirlo, ni dio aviso a las autoridades

la mayor explosión iconoclasta de la época contemporánea.

La oleada iconoclasta tuvo un desarrollo cronológico bastante claro en Andalucía. La primera y más devastadora ola anticlerical se desató entre el 18 y el 23 de julio en el contexto de la respuesta a la sublevación y el inicio de desiguales procesos revolucionarios. Afectó incluso a localidades en las que el golpe de Estado triunfó (Sevilla, Cádiz, Córdoba) o fueron rápidamente ocupadas en los días siguientes (Huelva).

La segunda fase iconoclasta podemos decir que se desarrolló a partir del 24 de julio y se extendió hasta septiembre y, en algunos casos, octubre. Consistió en la exportación de la revolución a áreas montañosas y localidades pequeñas que habían permanecido expectantes, caso de las milicias levantadas en las Alpujarras, o a zonas en las que inicialmente había triunfado el golpe pero que fueron reconquistadas por las columnas milicianas (Motril...).

En este contexto de guerra y revolución la recomposición del gobierno republicano fue un proceso largo y difícil. Cuando el gobierno empieza a dominar la situación, la iconoclastia ya se ha consumado. Se inicia entonces una etapa en la cual el gabinete de Largo Caballero legaliza la “desamortización” de bienes eclesiásticos e intenta racionalizar el uso de los inmuebles secularizados, que se convierten en almacenes, cuadras, refugios, sedes obreras, cines, etc. Los episodios de destrucción de bienes eclesiásticos que se producen a partir de este momento se limitan a las bombas de la artillería y de la aviación que impactan contra inmuebles religiosos. En cualquier caso, esas bombas suelen causar sólo daños aislados en Andalucía.

Después de las jornadas de mayo de 1937 el nuevo gobierno dirigido por Negrín restauró el culto católico. No creo que sea justo calificar ésta como una medida meramente oportunista. Aunque es cierto que el go-

Huelva, del 18 al 23 de julio de 1936



La provincia de Huelva es un caso muy interesante de la primera ola iconoclasta desatada tras el 18 de julio de 1936, porque la ocupación por los sublevados tardó el tiempo suficiente para que el anticlericalismo de cada localidad se retratase en los primeros días de la guerra, antes de que pudieran llegar milicias foráneas, y nos dejó una “imagen congelada” del proceso iconoclasta en su primer paso. Las fuentes documentales muestran la celeridad del proceso y cómo hubo una participación masiva y local que implicó a las bases del movimiento obrero de todas las tendencias políticas.

bierno republicano la publicó para mostrar al mundo que se habían superado los días de inseguridad del comienzo de la guerra y que los católicos podían vivir libremente en la España “leal”, de lo que no cabe duda es de que la completa supresión del culto católico había creado una situación de anomalía que tarde o temprano debía acabar, aquella por la cual los católicos practicantes no podían celebrar ningún rito de su credo...

La apertura de templos al culto no tuvo mucho tiempo para acometerse, entre otras cosas, porque los sacerdotes habían muerto o huido, y los que estaban ocultos no se atrevían a salir. La Iglesia había desaparecido en la zona republicana, sin que hubiera un culto clandestino de la más mínima relevancia. La represión republicana segó la vida de cientos de clérigos andaluces; una decimotercera parte de las cerca de 8.500 víctimas de la represión republicana pertenecía al clero.

“LA NUEVA ESPAÑA”. Por el contrario, en la “nueva” España de Franco las ciudades y pueblos liberados de los “enemigos de Dios” se engalanaban por cualquier motivo militar, civil o religioso, siguiendo pautas que recordaban al barroco, pero con el añadido de la retórica nacional y fascista de los sublevados. Se repararon cruces y templos, utilizando a veces como mano de obra a presos republicanos. La asistencia a misa se hizo multitudinaria, convertida en un acto de adhesión a la “cruzada nacional”. Si buena parte

de los españoles no se ajustaban al molde del nacional-catolicismo clerical por las buenas, deberían hacerlo por las malas, y el clero colaboró de manera activa en la metódica depuración de izquierdistas que los sublevados practicaron desde el primer día de la guerra hasta muchos años después de acabada ésta. Ni qué decir tiene que la ejecución de 40.000 republicanos andaluces, la masiva mortandad en campos de concentración o en cárceles con condiciones inhumanas, así como el terror o el exilio de los supervivientes, dieron lugar a una Andalucía sensiblemente distin-

ta a la que se había desarrollado durante las décadas precedentes a la guerra. Las condiciones para la resacralización de la sociedad estaban dadas y, sin embargo, en la segunda etapa de la dictadura franquista pudo verse que la recristianización quedó lejos de sus objetivos iniciales.

La Iglesia había visto a España como un órgano enfermo que se podía sanar extirpando los tumores que la invadían cual metástasis: anarquismo, comunismo, socialismo, liberalismo, ateísmo, laicismo... A falta de Inquisición, las herramientas en las cuales se apoyó fueron el ejército sublevado y las milicias fascistas y carlistas. Pero estos grupos tenían su propia agenda, y para ellos la Iglesia también era una herramienta. Si algunos clérigos, como el cardenal Segura, acabaron por sentirse decepcionados con la dictadura o tuvieron roces con ella, no fue por la falta de generosidad de Franco hacia la Iglesia, sino porque esa generosidad no colmó las infinitas aspiraciones de quienes deseaban una abierta teocracia, o porque el dictador pidió un apoyo y lealtad sin fisuras a un régimen que tan generoso se mostraba con el clero.

Sólo la renovación emprendida desde Roma por el Concilio Vaticano II, el fracaso de la autarquía y la rápida propagación de valores modernizadores en la sociedad tras el plan de estabilización de 1959, convencieron a una parte significativa del clero de que una sociedad sacralizada y tutelada por la Iglesia no sólo no era posible, sino ni siquiera deseable. ■

Más información

- **Barrios Rozúa, Juan Manuel** *Iconoclastia, 1930-1936. La ciudad de Dios frente a la modernidad.* EUG. Granada, 2007.
- **Casanova, Julián** *La Iglesia de Franco.* Crítica, Barcelona, 2005.
- **Cueva Merino, Julio de la y Montero, Feliciano (eds.)** *Laicismo y Catolicismo. El conflicto político-religioso en la Segunda República.* Universidad de Alcalá. Alcalá de Henares, 2010.
- **Lannon, Frances** *Privilegio, persecución y profecía. La Iglesia Católica en España 1875-1975.* Alianza Editorial. Madrid, 1990.